



ANTEL

ANTEL

SUMARIO

Imagen de la Virgen de Gracia (fotograbad).—1936.— ¡Apostolado... Apostolado!, por *María de Echarri*.—La Virgen de Gracia.—De la Acción Católica en el mundo. ¡Viva Cristo Rey!, por *J. Polo Benito*.—La reforma de las costumbres.—Cuento. El billete de la buena suerte, por *José Sanz Díaz*.—Vendrá, por *Sánchez de Avila*.—Rotarismo y Catolicismo, por *R.*—Sacerdocio y seminario La carta de un cura, por *J. P. B.*—Crónica. El cine, por *Arrabal*.—¡Gran santa española! Santa Micaela del Stmo. Sacramento.—Oración (poesia), por *Tomás Rivera* —Vida y «milagros» de Fray Martin Lutero.—¡Todos al cielo, por *Pierre L'Ermite*.—Enciclica sobre el sacerdocio.—Un favor recibido.—Bodas de plata de la revista «Sal Terrae».—Teatros y Cines.



AÑO XIV

NÚMERO 149

Córdoba y Enero de 1936

Imprenta «El Defensor» Ambrasio de Morales. 6,



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	<u>Pesetas</u>		<u>Peseta</u>
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra 'del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela).	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela).	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela).	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela).	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena).	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela).	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco vlsitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena) 4			

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santisima Virgen

AÑO XIV

CÓRDOBA Y ENERO DE 1936

Núm. 149



Imagen de la Virgen de Gracia
que se venera en la iglesia de los PP. Trinitarios

1936

Ha comenzado el año 1936. ¿Qué rumbos tendrá marcados la divina Providencia, en sus altísimos designios, a esta España de nuestros amores?

Pocas veces en nuestra historia se habrá presentado, al comenzar un año un horizonte tan cargado de pavorosas amenazas. Están frente a frente, con las armas en alto, dispuestas a un combate decisivo, la verdad y el error, la luz y las tinieblas, las fuerzas de los que siguen las doctrinas de Jesucristo y las de aquellos que las odian y que quisieran hacerlas desaparecer del mundo. Los campos están francamente deslindados. Tan duro y tan decisivo ha de ser el combate, que urge apremiantemente que todos vayamos preparando nuestras posiciones en los campos de la lucha. Porque el resultado de la batalla, si bien esta ha de librarse en pocas horas, puede marcar, para los destinos de nuestra Patria, o una firme base para continuar nuestra historia con su espíritu, con sus instituciones, con sus grandezas, o un salto en el vacío para precipitarnos en el abismo de todas las degradaciones.

Tan opuestos son los dos campos, están dibujadas con pinceladas tan fuertes las banderas que levantan los dos opuestos bandos que no hay lugar a titubeos ni vacilaciones.

Revolución y contrarrevolución.

No se recatan los partidarios del bando revolucionario de presentarse como tales. «Somos los de octubre», dicen a todo viento; somos los de la revolución de Asturias, los autores de los robos, los incendios y los asesinatos en masa, los que destruyeron vandálicamente la Universidad de Oviedo con su rica biblioteca, los que volaron la Cámara Santa de la Catedral, tesoro de Arte y de tradiciones. Queremos

que salgan de las cárceles los autores de todos esos crímenes; queremos la disolución de la Guardia civil y de los guardias de Asalto; queremos la socialización de la tierra, y el control obrero en las empresas de todas clases; queremos la nacionalización de los Bancos y la estatificación de la Prensa; queremos la desmilitarización del Ejército y el armamento del pueblo; en una palabra, queremos la destrucción de todo lo que significa riqueza, orden y autoridad, para implantar definitivamente la república soviética. Todo esto lo dicen ellos, lo dice a diario «El Socialista», lo dicen los oradores en sus mítines; y dicen mucho más, algo que espanta por lo que significa y supone: «Si triunfamos las izquierdas, ha dicho Casares Quiroga en Carballino, el Ministro de la Gobernación tendrá que ser sordo y ciego, durante cuarenta y ocho horas». Es decir, que la barbarie, embriagada por el triunfo, podrá entregarse sin freno, a todos los horrores.

¿Y en el otro bando? El otro bando es la contrarrevolución, es decir, el dique, el firme baluarte que detenga toda esa avalancha de destrucción con que amenaza destruir a España el bando revolucionario. Y no es solamente eso, con ser ya bastante para que los que se sientan verdaderamente españoles, comprendan, con deslumbrante claridad, cuál es su deber en ese duro combate.

Es mucho más. Los que levantan la bandera contrarrevolucionaria, defienden, por eso mismo, todo lo que los contrarios quieren destruir; defienden la paz en los campos, la indisolubilidad de la familia cristiana, la propiedad de la tierra derivada del trabajo, y de la institución familiar, el orden, el principio de autoridad, la religión cristiana que ha informado siempre el espíritu tradicional de nuestra Patria, defienden todas las instituciones creadas para el mantenimiento de los prin-

cipios eternos en que se asienta la vida de los pueblos; en una palabra, defienden lo que fué siempre España y lo que quiere seguir siendo en adelante:

He aquí, a grandes rasgos, esbozados los programas de los dos frentes que se aprestan a una lucha implacable, en este año que comienza.

Conviene que todos los españoles los tengan constantemente delante de sus ojos, para que aprecien el alcance de lo que les espera, según que el triunfo sea de uno u otro bando.

Que vean ya cual es el campo en que deben alistarse, para que luego no se llamen a engaño, con lamentaciones inútiles por lo tardías.

En sus manos está contribuir a la vida o la muerte de todo lo que constituye el patrimonio de nuestra historia.

En sus manos está que el año 1936 sea para España un año de halagüeñas esperanzas o de las más terribles convulsiones.

¡Apostolado... Apostolado!

De nuevo parece que se ciernen sobre la patria densos nubarrones. El porvenir se dibuja un tanto, un mucho ennegrecido y no sabemos qué ocurrirá dadas las circunstancias en que estamos colocados. No son pocos los que se lamentan y los que presagian calamidades, persecuciones, un recrudescimiento de épocas pasadas que se creían olvidadas y enterradas, pero que pudieran volver a revivir si excisiones y separaciones las dejaran libre el campo.

No es propósito mío detenerme en examinar si son o no acertadas estas «profecías», ni en desolarme ante el encapotamiento del cielo patrio ni mucho menos en discutir de quién es la culpa, porque además culpas tene-

mos todos y nadie podría creer que yo quiero tirar la primera piedra. No son estos artículos de carácter político: asomada durante unos años al campo de la política porque el Señor así lo dispuso, no me quedaron ganas de continuar en él y me volví de lleno a este otro campo de apostolado social, que es campo donde hace falta mucho cultivo, en el que se respira mejor a pesar de lo enrarecido que está hoy su ambiente por el envenenamiento que los miasmas del odio y de la impiedad han producido en él, y por eso, una y cien veces tocaré este tema del apostolado, pues en este remedio si que creo y confío, pues en él se halla la verdadera política de Cristo, tan necesaria para hacer volver al redil católico a esos hermanos nuestros que se han salido de él porque les han engañado, seducido y arrancado la fé y plantado en ellos la envidia, la incredulidad y la venganza.

Veía yo no hace muchos días un grupo de jóvenes, de las que asisten a la Universidad, sin que el peligro de la Universidad haya entrado en ellas, que unen a su vida de estudio la práctica del bien, que han comprendido la urgencia de los tiempos en que estamos y que quieren ir llenando sus manos juveniles de méritos, veía a ese grupo—digo—visitar uno de los barrios extremos y populosos de Madrid y pasar gran parte del domingo, único día que no tienen clase, congregadas al apostolado cerca de obreros, enseñándoles lo que ellos piden: aritmética, geografía, historia y francés, preparándoles para oposiciones a carteros y guardas forestales, interesándose por ellos, escuchando sus miserias, remediándolas en cuanto pueden con caridad y amor, sin mirar el cansancio ni la fatiga que ello representa. Y al verlas, al darme cuenta del bien que llevan a cabo y del que ellas reciben con este apostolado; al apreciar de qué manera esos hombretones, que en

el fondo tienen mucho de niños, se dejan llevar, agradecen lo que con ellos se hace, recorren grandes distancias los domingos para no faltar a «su academia» cómo rodean a los «apóstoles femeninos» que de ellos se ocupan y preocupan, uniendo lo que parece aun desunido limando asperezas y estableciendo una fraternidad cristiana, que es lo único digno de este nombre... bendigo al Sembrador Divino que puso estos anhelos en estos corazones juveniles, y me confirmo en la creencia de que si hubiera abundancia de apostolado, habría abundancia de gente buena, y que si hoy lamentamos la apostasía de las masas—que es, dice Pío XI, la gran vergüenza de este siglo para los católicos—ha sido por que no tuvimos apóstoles, porque si los hubo fueron pocos y en el campo contrario fueron muchos y dejamos desierto el campo y a él acudieron los malos y sembraron la cizaña que ahogó el buen trigo. Por eso los muchos Círculos de Estudio que existen en los Centros y Juventudes Católicas deben considerar como uno de los temas más interesantes de que deben tratar es precisamente el del apostolado.

La Asociación Católica de la Juventud belga femenina tiene para uno de sus Círculos todo un plan sobre el apostolado verdaderamente hermosísimo y práctico. En este plan se estudia y se desarrolla primeramente lo que es el apostolado, y para que las circulistas entiendan bien lo que es el apostolado, da el ejemplo que sigue: dos jóvenes visitan a una enferma. La primera le lee cuentos divertidos, le refiere las novedades del pueblo y no piensa sino en distraerla. La segunda trata también de entretener a la enferma, pero se ocupa sobre todo de preparar su alma para recibir los últimos sacramentos. Es decir: una de ellas ha buscado solo el aliviar y mejorar la vida terrestre de la enferma; la otra ha

velado principalmente por su salvación eterna. No hay duda ninguna sobre quien de las dos ha ejercitado el verdadero apostolado.

En su segundo epígrafe nos dice de qué modo el Señor nos enseña el apostolado; luego nos pregunta si hemos de practicar el apostolado; nos indica los medios que tenemos para el apostolado; el ejemplo, la palabra, las obras y por último nos interroga respecto de las disposiciones que tenemos para el ejercicio del apostolado. Un plan completo y de verdadera eficacia.

Debemos practicar el apostolado para gloria de Dios y salvación de las almas. El apostolado es una obligación para todos los cristianos: además el Señor nos llama a ello especialmente. Para practicarlo, la oración y el sacrificio son el primer medio, el más seguro e indispensable. Después, el ejemplo, la actuación hablada y la escrita. Pero no cejemos en el apostolado. Si no ahogamos el mal con oleadas del bien no nos salvamos ni salvaremos al pueblo por cuyas almas dió Jesús su sangre.

¡Apostolado, constante, tenaz y sin desmayos! Así llegaremos a triunfar.

MARÍA DE ECHARRI

La Virgen de Gracia

Esta imagen se venera en la iglesia de los P.P. Trinitarios de esta ciudad.

Fué construida en el siglo XVIII, en que tanto privaban las imágenes vestidas, para sustituir a la antigua que le parecía fea y de la que ya nos ocupábamos en el número 54 de esta REVISTA.

LEA V. "EL DEFENSOR"

DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL MUNDO

¡Viva Cristo Rey!

Cuando se escriba la primera etapa del régimen republicano, forzoso será citar las medidas y sanciones acordadas por el entonces Director de Seguridad, señor Galarza, contra quienes prefiriesen el grito de ¡Viva Cristo Rey!, considerado por el Gobierno como delictuoso y subversivo.

Facilmente se descubre el origen y procedencia judaica del procedimiento, con solo evocar frases y gestos, afirmaciones y aptitudes de la turba isrealita y de sus principales agitadores en las horas nefandas del deicidio en Jerusalén. *Si dejas a este*—increpaban a Pilato, refiriéndose a Cristo *no eres amigo del Cesar*, tratando de hacer resaltar con el sofisma la oposición de la persona y doctrinas del Nazareno con el régimen y el poder civil dominante en Palestina. Que es cabalmente la misma tendencia de las prohibiciones a que antes aludía, cuyo significado venía a ser éste en términos vulgares: si proclamas la realeza divina, no eres amigo de la República, te declaras incompatible con el régimen. Nadie podrá negar la lógica del razonamiento como tampoco nadie dejará de advertir, que esta ausencia de partido político, ceguera de sectarismo, situaba a la República española en un plano de inferioridad respecto a los demás Estados de gobierno democrático, con la única excepción de Méjico y Rusia, sombríos parajes de un desierto de intolerancia y tiranía.

Los dos gritos de rebelión cuyas resonancias forman eco del rabioso vocerío de quienes resisten al dominio cristiano, oyéronse el uno en los ámbitos inmensos del cielo, cuando *Lucifer* reclutaba sus huestes al ronco son de aquel *Non serviam* que abrió

en el abismo la negra hendidura de los infiernos; retumbó en el otro, coreado por las turbas en las calles de la ciudad jerosolimitana. *No lumus hunc regnare super nos*, fué la divisa de aquella rebeldía. El choque de estos dos gritos con el que a pulmón lleno vocean los súbditos leales a través de los siglos. *Oportet illum regnare*; es preciso que El reine y domine, constituye la trama, de realidad al contenido de la historia. Si no sin razón se ha dicho que en el fondo de toda cuestión social hay un problema teológico, con más verdad puede afirmarse, que el planteamiento y solución de todas las cuestiones y problemas, cualquiera que sea su índole y linaje, depende de la aceptación y repudio de uno de los dos lemas mencionados antes. Los simboliza San Agustín en las «dos ciudades que gobiernan al mundo»; representábalos San Ignacio en la clásica meditación de las dos banderas. De donde en buena lógica procede deducir, que la inhibición, la indiferencia, el neutralismo, son vocablos huecos y fofos, que aspiran a expresar posiciones hoy ya insostenibles. La de encender una vela a Dios y otra al diablo, es la actitud del término medio, inestable y falsa. «El que no está conmigo está contra mí». Nadie ha podido amortiguar las formidables resonancias de este dilema.

Las dos ciudades simbólicas de San Agustín, siempre en combate más o menos duro, franco y ruidoso, entraban en el cuarto periodo, que es el contemporáneo, entre los espasmos de tan fuerte sacudida revolucionaria que desde Francia se corrió a todos los países. Filosofismo, liberalismo, socialismo... La estructuración de la sociedad cristiana que en el orden científico, social y político se apoya en la idea de Dios, en la base de Cristo, tenía enfrente otro sistema constructivo que, prescindiendo o negando la idea religiosa, aspiraba a organizar

la vida según las normas terrenales y materialistas.

Vivimos hoy en una hora culminante.

Hay Estados, como Rusia, que no se satisfacen con prescindir del concepto religioso, sino que emplean todas sus fuerzas en aniquilarlo y pareciéndoles poca la actividad ejercitada, dentro de los límites del territorio nacional, a la desesperada todos los medios posibles a fin de ir sembrando el ateísmo, la irreligiosidad, más todavía, la injuria, el ultraje sistemático a Dios. Hay países en que el intento descristianizador no se realiza de modo tan violento. La táctica es otra. Se legisla prescindiendo de Dios, se afirma la supremacía civil para secularizar el Estado; se implanta la enseñanza laica para que el cerebro y el corazón de los niños no se conforme a la idea de la vida sobrenatural, de la ley religiosa. En esta empresa de reorganización que oficialmente empezó en España con la República, y que en el bienio azañista trabajó por todos los medios para descristianizar el país, el Estado viajero aligera la marcha, de un culto, de una fe que en las rutas del progreso nacional marcaron profundamente la huella, que no habrá nadie capaz de borrarla; el Estado en vertiginosa marcha hacia las regiones árticas de la apostasia social se desentiende del voto de millones de ciudadanos y legisla sobre la libertad española, proclamando la igualdad de todas las religiones, afirmando la prescindencia oficial del gobierno con respecto a Dios, negando la existencia de la religión positiva.

La política actual enfoca los problemas del espíritu a través de un objetivo humanista, que es cabalmente lo contradictorio y opuesto a la perspectiva de sobrenaturalismo, elevación del hombre, que descubre el lema de Cristo Rey.

J. POLO BENITO

La reforma de las costumbres

—:—

Pero si consideramos este asunto más diligente e intimamente, claramente descubriremos que a esta restauración social tan deseada debe preceder la renovación profunda del espíritu cristiano, del cual se han apartado, desgraciadamente, tantos hombres dedicados a la economía; de lo contrario, todos los esfuerzos serán estériles y el edificio se asentará, no sobre roca, sino sobre arena movediza (1).

En realidad, el exámen que hemos hecho de la economía moderna, venerable Hermanos y amados Hijos, nos la ha mostrado cargada de gravísimos defectos. Hemos llamado de nuevo a juicio al comunismo y al Socialismo, y hemos encontrado que todas sus formas, aun las más suaves, están muy lejos de los preceptos evangélicos.

«Por lo tanto—usamos palabras de Nuestro Predecesor—, si remedio ha de tener el mal que ahora padece la sociedad humana, este remedio no puede ser otro que la restauración de la vida e instituciones cristianas» (2). Ya que solo esto puede traer el remedio eficaz a la solicitud excesiva por las cosas caducas, que es el origen de todos los vicios; sólo esto puede hacer que la vista fascinada de los hombres, fija en las cosas mudables de la tierra, se separe de ellas y se eleve a los cielos. Y ¿quién negará que éste es el remedio que más necesita hoy el género humano?

PIO XI

Quadragesimo anno.

- (1) Cfr. Matth., XII, 24 y ss.
 (2) Enc. «Rerum Novarum».

CUENTO

El billete de la buena suerte

Hace algunos años, Juan Onuba, obrero mecánico, sin trabajo a la sazón, volvía de la Fábrica de Aviones de Getafe, donde había tratado inútilmente de hallar un puesto en el taller-oficina de estudios técnicos y mecánicos que constituían su especialización.

De pronto se halló de manos a boca con un antiguo compañero de «mili» que hacía tiempo conoció en las escuadrillas del protectorado marroquí. Se llamaba Plácido Benayas y ambos se contaron el rumbo de sus vidas desde aquella despedida en una vieja cantina de Tetuán.

—Ya ves, terminó el mecánico Onuba, no tengo suerte, Busco trabajo por todas partes y no lo encuentro. ¡Apenas me quedan ya de mis menguados ahorros unas monedas de cobre en los bolsillos!

—Yo tampoco ando muy sobrado de dinero, replicó Benayas; pero no tan mal que no me pueda desprender de veinticinco pesetas. Toma ese billete, mi querido amigo Juan, y lo que es menester es que te traiga suerte.

—Mil gracias, Plácido, jamás olvidaré este rasgo tuyo de confraternidad.

Se separaron. Juan Onuba, algo más alegre por el reciente encuentro con su buen camarada de servicio militar, tomó el Paseo del Prado arriba y al llegar a la glorieta de la Fuente de las Cuatro Estaciones oyó discutir groseramente a un taxista mal encarado con un caballero de edad.

—Usted me paga ahora mismo o llamo a un guardia.

—Pero hombre, por Dios, no le digo que he olvidado el dinero...

—Yo no quiero saber nada, y... No pudo continuar el chófer, Juan Onuba,

el obrero sin trabajo, noblemente, con un gesto de gran señor, le interrumpió:

—Haga el favor de no alborotar, ya que no tiene razón, y cúbrese de este billete lo que marque el contador. Y le alargó el billete de veinticinco pesetas que hacía unos momentos le diera su antiguo compañero de «mili».

—Son quince con treinta, gruñó el taxista que se quería marchar a un partido de fútbol. Aquí tiene la vuelta; y partió a toda marcha metiendo el pie en el acelerador.

Juan Onuba y el señor anciano quedaron sobre la calzada. El último habló:

—Muchas gracias, joven; me habéis librado del bochorno de una escena callejera del peor sabor. Y sin razón, pues todo ha sido porque olvidé la cartera y el portamonedas al cambiarme de ropa. Le dije que me llevara a casa y se negó. Me hubiera llevado a la comisaría y aunque enseguida se hubiera arreglado la cosa, hubiera pasado un mal rato. Usted, con su gentileza, me ha librado de este enojoso incidente y jamás olvidaré tamaño favor. Aquí tiene mi tarjeta, venga a verme y almorzaremos juntos, charlando de todo. Ahora permítame que me despida, pues me esperan en una reunión. Adiós.

Y el caballero le dejó entre las manos una cartulina que decía: «Alvaro Ballesteros, Director de la Fábrica de Aviones de Getafe».

El mecánico sin trabajo se quedó estupefacto. «Qué coincidencias tan pintorescas tiene a veces la vida», pensó. «Si supiera que me hallo sin trabajo, que no tenía más que los cinco duros que me diera mi amigo Benayas por todo capital y que hace unas horas estuve en su fábrica en demanda de ocupación, ¿qué diría?», agregó.

Contento de su rasgo, no obstante, hizo arqueos; le quedaban nueve seten-

ta que le devolvió el chófer, mas unos céntimos de una vuelta anterior.

—¡Bah!, no hay que desesperar. «Dios aprieta, pero no ahoga», dice un viejo refrán. Compró un kilo de fruta y fué a comérselo al Retiro.

Las flotillas del estanque se fueron tornando doradas con la lenta agonía del sol.

* * *

A la mañana siguiente, sobre las diez, ya estaba Juan Onuba en Getafe, viendo como los aparatos del aerodromo planeaban sobre el azul.

Se llegó a la fábrica y penetró en las oficinas. El empleado de la ventanilla, al verlo otra vez allí, se anticipó a hablar:

—¿Pero no le dije a usted ayer que era inútil insistir, porque no necesitamos por ahora personal?

—Puede ser, replicó el obrero; pero de todas formas tenga la bondad de decirle al señor Director que Juan Onuba desea verle.

—¡Imposible! Está prohibido pasarle avisos de esa clase.

—Pruebe y verá como nada le dice, hágame el favor, insistió el mecánico amigablemente y sin dejar de sonreír.

Ante tal gesto de seguridad el empleado se desconcertó y pasó el aviso a su superior. Onuba oyó que le decía:

—¡Que pase, hombre, inmediatamente!

El burócrata se deshizo en excusas. El Director lo recibió con el mayor afecto. Juan, después de los saludos respetuosos de rigor, le contó su triste odisea y cómo la mañana pasada estuvo a solicitar un empleo en las oficinas de la fábrica.

Don Alvaro Ballesteros le interrogó entonces sobre sus conocimientos técnicos y otras cuestiones relativas a la industria de la aviación, y ante las seguras respuestas de Juan Onuba, el Director terminó con satisfacción:

—Sois un hombre joven e inteligente, que siente además un gran cariño

por estas cosas de la mecánica. Aquí no se necesita personal, pero usted se queda y se pondrá a estudiar algunas modificaciones que sería conveniente introducir en nuestros aviones. Trabaja en las oficinas y en el taller de invenciones, en unión de los ingenieros de la casa. Si estudia y trabaja con ardor, como así lo creo, a mi lado le espera un porvenir envidiable.

Y enseguida el Director lo presentó a los ingenieros, quedando con ellos en calidad de ayudante.

Pronto se granjeó la simpatía y el afecto de todos. Siempre estaba alegre; el trabajo y el estudio le ponían de buen humor.

Gracias a sus conocimientos técnicos y a su amor a la mecánica, poco a poco, fué perfeccionando un motor de su invención y no paró hasta verlo terminado y completo. La Fábrica de Aviones lo lanzó al mercado con unos resultados de seguridad y economía sorprendentes. Los motores Onuba llegaron a ser notables y el viejo Director don Alvaro Ballesteros puso la dirección de la fábrica en sus manos. Lo quería como a un hijo y sentía admiración por él.

Cuantos trabajaban a sus ordenes le querían mucho, pues los trataba con afecto, sin altanerías ridículas y les pagaba lo mejor posible. Las máximas del Evangelio las hizo suyas, viendo en cada obrero un hermano.

Así la fortuna y la estimación se le entraron al antiguo «parado» por las puertas.

Estaba en relaciones amorosas con la hija única de su protector, deliciosa criatura de veinte años. Esperanza, tal era su nombre, era hermosa y buena a partes iguales. Amaba al inventor, su futuro esposo, con ese cariño dulce y sin violencias que saben poner las mujeres bonitas en los hombres excepcionales. Para Juan Onuba, Esperanza había sido y era nno de sus estímulos más grandes. Por conseguir

su amor, por ser digno de él, todo, hasta la vida.

Un día que paseaba con su novia se encontró a Plácido Benayas. También a él le había ido perfectamente desde la última entrevista, a juzgar por su gran porte.

Ambos amigos se dieron un abrazo. —¡Chico, cualquiera te conoce!— habló Benayas. Me fui a América, tuve suerte y al volver, con gran alegría, me enteré de tu fama como inventor.

—¡Gracias a tí!—respondió Onuba.

—¿A mí?—extrañose interrogante su amigo.

—Sí, no te asombres. Mira, te voy a presentar a mi novia, que siempre fué para mí como una hermana. (Y dirigiéndose a ella): Esperanza, ya llegó la hora que conocieras al *hombre del billete-fetiché*, del billete-mascota, mi excelente amigo Plácido Benayas. Porque has de saber que tus cinco duros me trajeron la buena suerte, hasta el punto de que sin ellos no sería el que te habla.

Benayas no salía de su asombro, miraba al amigo Onuba y su novia sin comprender.

—Mira, terminó Juan, esto es muy largo de contar. Vente a comer con nosotros a Getafe y mientras tomamos el aperitivo y a los postres, te contaré *ce por be* todo. ¿Hace?

—Hombre, desde luego!

—Te presentaré al padre de Esperanza, mi protector, don Alvaro Ballesteros, que también tiene grandes deseos de conocer al «hombre del billete-fetiché», como todos familiarmente te nombramos... ¡ya será hora que te pague los cinco duros!

Tomaron un taxi descubierta. Juan se acordó del chófer de marras. El sol para no herir a los viajeros se puso la careta de una nube. Era mayo...

JOSÉ SANZ Y DÍAZ

VENDRÁ

La historia de los pueblos antiguos es eco de una segura esperanza; la de un redentor futuro.

Dios empeñó su palabra en el Paraíso y como promesa de Dios se cumplirá.

Los hombres tienen este conocimiento, pero la pasión se le hace adúlterar.

Con todo, queda escrita la promesa, y muchos enviados de Dios la ratifican en su nombre.

Más de mil años transcurren y jaladas en todos esos siglos aparecen las profecías.

Son hombres de muy distinta cultura y temperamento, de estilos muy diferentes, los que vaticinan, y sin embargo, caso insólito en la literatura universal, su unidad de pensamiento es absoluta.

Después de la demostración de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, la literatura profética es la prueba más importante de la religión, afirma Leibnitz.

Y es que la claridad de los vaticinios mesiánicos es meridiana.

Convergen por maravillosa manera en la persona histórica de Jesucristo.

Son cien pintores los profetas, que a grandes distancias fueron ejecutando un magnífico retrato, sin la visión individual de la totalidad de la figura, que entre todos habían de estampar.

Y resultó con detalles inverosímiles.

De ahí la seguridad de los judíos: el Mesías vendrá.

De ahí también esa prueba irrefutable de la Religión para el que bien la estudia.

La ignorancia de nuestros días y el afán de criticar «de oídas», llevan a decir las mayores sandeces.

Como si la interpretación de los pasajes mesiánicos fuese arbitraria,

O como si se buscasen en las profecías los rasgos que coincidiesen con Jesús para aplicárselos, según pretenden los racionalistas.

Nada de eso: toda la luz dispersa de los vaticinios mesiánicos puede reunirse en un foco.

Y enfocados esos rayos dan la imagen nítida de Cristo.

Por eso con absoluta seguridad se decía: vendrá

Desde las puertas del Paraíso hasta el portal de Belén, fué repitiéndose la misma afirmación: Vendrá.

Es el eje del mundo: desde Adán se le está mirando sin interrupción, y el que presumido le desprecia, el que no se apoya en él, se sale de la órbita y rueda hacia el abismo.

Ni hay revolución que consiga que no formemos en la gran fila intelectual y moral, a cuya cabeza brilla el nombre de Jesús.

Eymieu dijo: Cuando se quiere seriamente escuchar los latidos del corazón del hombre, de ese viejo corazón inmortal, cuyo ritmo profundo y misterioso en todas las latitudes y en todos los siglos es acompasado siempre por las mismas energías, todas las veces que se quiere escuchar los latidos del corazón humano, con seriedad, es preciso buscar a Cristo.

SÁNCHEZ DE AVILA

Rotarismo y catolicismo

I

Quien quiera que medite con alguna reflexión sobre la crisis, porque actualmente atraviesa el mundo civilizado, ha de reparar necesariamente en detalles, que se destacan: «El liberalismo ha fracasado», y, en su fracaso, lleva la consunción profunda de una sociedad que se había empapado en su espíritu. Es que el Liberalismo es una negación; negación de la Moral, y sin Moral no hay Orden social, ni au-

toridad en que se pueda apoyar; el Liberalismo es la negación de la Religión, de la autoridad transcendente, Dios, de la que, en último término, toda la ley ha de recibir su fuerza; el Liberalismo es, por ello, el germen de todas las anarquías.

Los pueblos que han comenzado a sentir el vértigo del abismo, que se abre a sus pies, reaccionan y buscan con ansiedad nerviosa una autoridad fuerte en el orden político, y una norma firme de conducta en el moral y social. Por desgracia, no todos la pueden encontrar: el vacío de creencias religiosas no puede proporcionarla.

«Hay quien sistemáticamente explota las pasiones humanas». por el mundo todo extiende su red el pescador del río revuelto de las pasiones, y, uniendo en un haz todas las tendencias disgregadas, hace de ellas la palanca, con que derrocar el orden social asentado sobre el Cristianismo. La masonería, que era un mito para muchos, ha dejado sentir demasiado su acción, para que hasta los más despreocupados no atisben su sombra siniestra...

¡¡Ojalá aprendiéramos de una vez los españoles que las naciones, que, por ansia de libertad, sacuden el yugo de la ley religiosa, caen en la esclavitud degradante y dolorosa de los explotadores de la Humanidad!

La Masonería no se encuentra sola; filiales suyas se extienden por el mundo, que, más o menos conscientemente, sirven a sus fines y difunden su espíritu. Del «Rotarismo» no diremos que sea una filial de la Masonería, ni que el servirle a ella sea su objeto; lo que no se puede negar es la afinidad de su programa con el programa masonónico.

Habiendo hablado la autoridad eclesiástica, huelga de suyo toda crítica encaminada a demostrar la incompatibilidad de sus ideales con la concien-

cia católica; bueno será, sin embargo, recordar una vez más los fundamentos en que se funda esa incompatibilidad.

El «Rotary» tiene una aspiración: «moralizar»; aspiración «universalista» que se limita a un país, o a una clase social, o a una actividad humana determinada; moralizar «por un amplio espíritu de fraternidad, de progreso humanitario»... Rotary aspira a hacer de sus miembros «mejores amigos, mejores competidores, mejores esposos, padres y hermanos y mejores ciudadanos. Pretende en su Código moral fijar las directrices de una Moral para «todas las profesiones» (en el Club rotario debe figurar un representante de cada profesión y «sólo uno»; limitación que, apesar de las razones en que la funda, no deja de aparecer un poco extraña) y «todos los hombres», uniéndolos a todos con un lazo de fraternidad por encima de todas las diferencias profesionales, nacionales y confesionales.

Todo esto de fraternidad universal, por encima de todas las diferencias de nación y de Credo; las aclamaciones al progreso, etcétera, tuvieron su época de favor; pero a los vivientes del siglo XX nos suenan ya muy a vacío, a tópico gastado... Bien es verdad que sólo en vaguedades de ese jaez pueden convenir toda la diversidad de tendencias, que quisiera englobar el Rotarismo.

Desde luego, no tratamos de hacer desistir a los rotarios de sus elevados propósitos; hablamos a los católicos, y les decimos: «Rotarismo y Catolicismo son incompatibles».

En efecto, Rotary es «indiferente en materia religiosa, naturalista en Moral». Todas las Confesiones le son por igual indiferentes, y, por encima de ellas, quiere juntar a los hombres en la práctica de una nueva Moral que, naturalmente, no se ha de apoyar en principios religiosos.

Para el católico, que profesa la única Religión verdadera, que acata como obligatoria una Moral basada en esa Religión, tal posición es inadmisibile.

Pero Rotary—se dirá—«respetar» a todas las Religiones, no es enemigo de ninguna de ellas, y, por tanto, tampoco de la católica... ¡Viejo truco ese del respeto a todas las creencias, que a muchos incautos ha engañado! Es el laicismo, la neutralidad religiosa. Es que un católico no puede admitir, no puede profesar esa neutralidad; si realmente es creyente, no puede conceder un valor igual a su Religión, que profesa como única verdadera, y la de un Budista o un protestante; en su «conducta» no puede ser neutral. ¡Bueno sería que pudiéramos adoptar tal neutralidad, cuando nos urge el cumplimiento de uno de esos preceptos, que tan poco gratos son a nuestra flaca naturaleza!

II

Para medir la gravedad de la posición rotaria, hay que hacerse cargo de sus aspiraciones; Rotary quiere «moralizar la actividad humana en todos sus aspectos, construir una Moral totalitaria, sin base religiosa» No se trata de una Junta de amigos, que tiene diversas creencias, y se reúnen para tratar de intereses comunes de sus negocios, o tomar un rato de solaz; esto es perfectamente compatible con cualquier diferencia de credo religioso; se trata de «crear, de difundir una Moral» y; en tal empeño, es absurda para un católico la indiferencia religiosa, el laicismo, la neutralidad: o se admiten los principios religiosos y a ellos se les pide dirección y apoyo, o se prescinde de ellos, que es lo mismo que declararlos inútiles, e innecesarios, rechazarlos. Un católico, claro está, no puede conformarse con esa actitud. El laicismo moral es un error condenado por la Iglesia.

«Un naturalismo radical, un indiferentismo religioso absoluto y ateísmo

práctico completo—concluye el P. Bárcena en su obra «Los Rotarios»—son rasgos propios e imborrables del Código de Moral de Rotary.»

La actividad humana, por el mero hecho de ser humana, ha de sujetarse a las normas de la Moral, de la Ley divina. La independencia del hombre respecto de ella, preconizada por el Liberalismo, adquiere una gravedad mayor, según que se extienda y universalice su aplicación; gravedad que llega al máximum en el intento de construcción de un Código completo de Moral; ese es el caso del Rotarismo.

Toda sociedad une a sus miembros en unos intereses, un ideal común; cuanto más particular y limitado sea ese interés, más posible será de suyo, un acuerdo entre sujetos, que profesen distintas religiones; así se concibe, sin dificultad la licitud de una unión circunstancial, en un caso concreto, de una organización católica (p. e. de un sindicato obrero) con otras que no lo sean (un sindicato marxista, p. e., tratándose de obtener una mejora justa de clase); pero tal unión se hace cada vez más difícil y, aun lógicamente imposible, si de lo particular nos elevamos a la universalidad de los principios. ¿Cómo podrán llegar nunca a un acuerdo, en los principios morales, un católico con un budista, un naturalista, un ateo...? Podrá haber tal acuerdo en un asunto particular; pero ¿en un sistema de Moral...?

¡Intransigencia opuesta a la convivencia humana! Sí; intransigencia, es verdad; pero que es consecuencia lógica y necesaria de un dogma profesado, intransigencia de la verdad, que no puede confundirse con el error. A esa intransigencia sólo podremos renunciar, cuando renunciemos a la posesión de la verdad, cuando renunciemos a pensar y a creer.

Se dirá que el católico, por el hecho de ser rotario, no renuncia a sus

creencias, que el Rotarismo les respeta a todas igualmente... Practicamente, el católico, que acepta el ideal rotario, hace una profesión de indiferentismo religioso y de naturalismo moral, y coopera (inconscientemente, al menos) a la difusión de ese indiferentismo y ese naturalismo. Su unión con los católicos en el club rotario es una profesión implícita de esos errores. ¿Cómo podrá convenir con aquéllos en una materia, en que su fe le impone principios definidos, diametralmente opuestos? Sólo prescindiendo de aquellos principios, renuncian lo prácticamente a ellos.

Pasando de los principios a los hechos, la labor rotaria lleva consigo y tiende de suyo a la implantación y difusión del indiferentismo y el naturalismo, males harto extendidos en nuestra sociedad, repetidas veces condenados, y cuyas consecuencias funestas están hoy demasiado a la vista, para que un católico consciente se deje sorprender por organismos, que más o menos solapadamente, pretenden infiltrarlos en la vida social.

La actividad rotaria no puede escapar al dilema de, o no existir, de renunciar a la realización de un programa, o concretar sus esfuerzos a la «implantación de una moral atea y naturalista». Si promueve la educación ésta ha de ser necesariamente laica; si moraliza la familia, será a base de una concepción de la misma, ajena a la dignidad sagrada, que en ella reconoce el Catolicismo, libre de las leyes, por las que la revelación y la razón, en ella apoyada, la quieren ver regulada... Veán, pues, los católicos equivocados, cual es, en último término, el resultado de la labor, a que prestarían su colaboración, dentro del Rotary.

R.

LEA V. "EL DEFENSOR,"

Sacerdocio y seminario

La carta de un cura

Artículos y cartas son todavía altavoz ambulante que recoge y al mismo tiempo difunde los claros ecos del octavario toledano, exaltación y recuerdo de una gesta espiritual y patriótica proyectada y dirigida a la española por el doctor Gomá.

—¿Pero es posible, me dice un antiguo lector mío de Zaragoza, que se haya agotado el venero, en otro tiempo rico y generoso de la jerarquía nacional de estirpe y posición económica, de la clase aristocrática, quiero decir, la cual daba antaño tanto oro de ley a la Iglesia? De los datos que suministró Severino Aznar, y el testimonio va avalado con las máximas garantías, se infieren conclusiones que darán mucho que pensar a la clerical directiva. No es cierto que la familia obrera y campesina sea la que proporciona mayor número de vocaciones; el manantial más abundante tiene su nacedero en la clase media. ¡Siempre lo mismo y los mismos siempre! Este núcleo social constantemente estrujado por los apretones de arriba y de abajo, sigue siendo el sostén de la espiritualidad española. Pero no es esta observación, apesar de su enorme importancia, la que deseo yo ofrecer a usted para tema de una de sus crónicas. Lo tremendo, lo que me parece un indicio rematadamente malo es que las clases adineradas apenas ofrecen a sus hijos al ministerio eclesiástico. La afirmación del ilustre maestro de ciencias sociales, documentada con cifras que no tienen vuelta de hoja, puede ser la explicación de muchas cosas, que hasta ahora me parecían inexplicables. Entré otras la decadencia moral de aquella rancia nobleza que en los buenos siglos de

España poblaba con su propia sangre catedrales, obispados y abadías, pero que en la actualidad se contenta con hacer abogados a primogénitos y segundones, y eso porque tengan un título, como suele decirse. El hecho, añade este saladísimo maño, denota también que los grados de religiosidad han descendido casi al cero».

Una señora americana, a la que conocí en Buenos Aires el pasado año y al presente reside en España, me hace observar que comparadas las estadísticas eclesiásticas de su país con las del nuestro, la diferencia no es demasiado considerable. Es casi tierra de misión, advierte dando en el clavo y no estaría demás que las órdenes religiosas se desplazaran de las ciudades, donde a veces el problema de la distribución sacerdotal, ofrece proporciones menos equitativas, para actuar en esta época de crisis en las zonas rurales. No se me ocultan, claro está, las dificultades que la idea tiene de ponerla en práctica, pero lo que se realiza en la propia capital argentina, que cuenta con más párrocos de varias órdenes y no solo ésta ciudad, la más principal de la república, sino también otras del interior, también podría ensayarse en las de España.

Casi a la letra voy a copiar seguidamente la carta de un sacerdote extremeño. Ecónomo en una feligresía de la provincia de Cáceres, los terrenos que constituyen el término municipal, fueron hasta poco, en gran parte cotos de caza. Una o dos veces por año iba el dueño, un señorito de Madrid, «a tirar reses» con los amigos, encargaba unas misas al señor Cura y con eso hasta el otro año. Sin duda creía cumplidos así sus deberes para con la parroquia. A los cuatro días de régimen republicano, se abrió la Casa del Pueblo socialista y empezó para el buen clérigo un calvario que todavía tiene sus cruces. Con estos antecedentes para exordio, se compren-

derá mejor el contenido y alcance de la curiosa epístola.

A usted que me conoce, escribe, no puede sorprenderle la emoción con que he seguido paso a paso a los gloriosos de esta gran Semana. Hubiera asistido con gusto, que ganas no me faltaron, más faltábame el dinero y así una vez más me quedé con el deseo, que es una de mis riquezas. Pero como el que no se contenta es porque no quiere, refran que por acá se pone en práctica con mucha frecuencia, hu- be de darme por satisfecho con ir a la zaga de ustedes por mediación del periódico, único cable de alta tensión cultural que ahora tengo. Ni radio siquiera. Tuve una comprada de lance y así salió ella, pues vaciadas las pilas y rotas no sé que piezas, fué a dar con los trastos viejos al desván de la casa rectoral. Y ¡qué buenos ratos me han hecho pasar leyendo y releendo las crónicas de Graña en «El Debate»! Mis caminatas que me costó alguna vez, porque como usted sabe, el peatón que trae el correo, sirve tres pueblos que le cojen al paso y como el mío es el último, hay días que aplaza el reparto porque en la correspondencia solo «hay papeles y lo mismo dicen mañana» y así para coger el periódico prolongaba el paseo para dar con el cartero y al mismo tiempo poder comentar con el párroco más vecino, lo hablado en las sesiones toledanas. ¿Querrá usted creer que hasta la gente notaba que algo bueno nos ocurría a los Curas? El secretario, aquel pájaro... usted lo recuerda seguramente, que primeramente fué radical-socialista, luego radical a secas y ahora anda poniéndole los puntos a la Ceda, nos encontró una tarde en que periódico en mano, comentábamos el discurso, que por cierto tiene mucha miga, de la señora Salas de Jiménez, y al darnos el adios de rúbrica, nos espetó poco más o menos lo siguiente: «Ya he leído eso de Toledo ¡menudo desquite!

Si ya les decía yo que no se metieran con la religión, que al fin y al postre en ella nos criamos». Y tenía razón el marrullero del secretario, pues uno de los defectos más notorios y resonantes que ha tenido la Semana en esta comarca, cuando menos, ha sido ese de desquite. Quizá la palabra por inexacta y tendenciosa, podría mejor sustituirse con las de desagravio, exaltación, reconocimiento. ¡Habíamos estado tan deprimidos! Con que tan saludable resultado ahora victoriosamente conseguido pudiera consolidarse, ya no sería de escasa monta el éxito de la Semana.

¿Cuándo se publicará la crónica? Que no la retarden como de ordinario suele ocurrir y además que vean de procurar el modo de que su lectura llegue a los que fuimos semanistas de deseo, sino a los pueblos y aldeas. ¿No ayudarla a estos fines de edición de dos tipos de crónica; el uno minucioso y completo, de acuerdo con las condiciones de antemano fijadas en la convocatoria, más reducido el otro y en papel más económico, seleccionando los temas de interés popular, subrayando aquellos discursos tan jugosos de las sesiones solemnes y aquellas ponencias de alto valor experimental y realista?

No concluye aquí la carta, que aun le quedan párrafos cargados de enjundia y de intención, pero se alarga la croniquilla más de la cuenta y forzoso será poner el punto final... por ahora.

J. P. B.

CRÓNICA

EL CINE

Admirablemente ha definido Edmundo Haracourt, el cine, es decir que es «el medio más enérgico de su»

gestión y persuasión conocido hasta ahora; un factor de revolución social al que no se puede comparar ninguno, cuya eficacia supera a la de la poesía, a la de la elocuencia y de la música. La imagen que se mueve obra a la vez en miles de personas...

La imagen es la iniciadora perenne y universal: es pensamiento que entra directamente en el alma a través de los ojos: es la tentación por excelencia; la asimilación con el mínimo esfuerzo, la penetración inmediata y cálida, mientras que la idea pura no ejerce en los entendimientos mediocres, más que una acción inmediata y fría».

Aprovechando esta elocuencia ¿qué temas se filman especialmente? Los temas pasionales en sus dos aspectos, el criminal y el erótico; alegres, por su emotividad intrínseca y por la seducción que a ella se une, gracias a una técnica perfectamente estudiada y organizada para tal fin. Alegres también por la cómplice oscuridad de la sala de proyecciones, donde uno se siente como aislado del mundo, fuera de toda observación, libre de abandonarse por entero a la emoción, cuando no también a su revuelta inquietud interior.

Y al hablar de este género de películas nos referimos especialmente a las americanas. Es tal su influencia que se echa mucho de ver en los caracteres superviciales de hoy.

Se calcula que semanalmente, doscientos cincuenta millones de personas, asisten en el mundo a la proyección de películas americanas. Y reduciéndonos a España, son muchos los miles de... desocupados que dejan su dinero a diario en las taquillas del cine para ver películas inmorales.

Es cierto que se ha formado una asociación en los Estados Unidos en pro de la moralidad del cine, pero esto no significa que la mayoría de las películas americanas dejen de seguir desgraciadamente los mismos derro-

teros, avivados en la impureza que hace un año.

En una relación de John J. Cantuelli, obispo católico de los Angeles, se lee que la más competente autoridad de Hollywood ha declarado que en muchas de las películas que allí se filman «enseñan que el matrimonio, la pureza de la mujer, y la santidad del hogar con sentimientos pasados de moda, que no merecen ser tomados en consideración por las personas inteligentes. Y los temas preferidos son el divorcio, el amor libre, el infanticidio y las relaciones extraconyugales».

No hay que indicar la seducción, el desnudismo y los refinamientos que con estos asuntos son presentados.

Poco a poco el ánimo se va creando un criterio que le hace poner lo bueno y lo malo al mismo nivel: primero rebajando su mentalidad, después el nivel de su conducta privada y acaba por desenvolver su vida en un plano de la mayor indiferencia. El amor libre es alegre. El infanticidio encuentra su justificación en el sentimentalismo. El adulterio es una impertinencia romántica: una esposa, un marido, aun de corta inteligencia, no querrán por esto caer en el ridículo de pueriles habladurías.

Se calcula que el 25 por 100 de películas fabricadas en Norte América son obscenas, y las criminales alcanzan un alto porcentaje.

Se puede temer que una hora pasada en la oscuridad de una sala cinematográfica anule la educación que a los padres, a los maestros, y a la Iglesia les costaron varios años el formar. ¿Qué será, pues de la formación de los que asisten con frecuencia, o habitualmente?

«La cuestión es gravísima, ha dicho Pío XI; no se trata solamente de un interés puramente religioso, se trata de continuos atentados a la moral cristiana, o también, simplemente a la moral natural, humana...»

«No se trata de producir películas religiosas, sigue diciendo S. S., y ponerlas por encima o entreverarlas con los film libertinos: es necesario que todo cine sea moral, moralizador, educador».

Y ¿quién conseguirá esto?. No dudamos en dejar a un lado disposiciones legales, muy necesarias, y otros medios que no están al alcance de todos, para asegurar que en gran parte es obra de cada uno de los católicos españoles, en lo que a nuestra Patria concierne,

ARRABAL.

¡GRAN SANTA ESPAÑOLA!

Santa Micaela del Santísimo Sacramento

Fundadora del Instituto de Adoratrices
Esclavas del Santísimo Sacramento
y de la Caridad

por el P. Alberto Risco, S. J.

La Madre Sacramento es la Santa Teresa de nuestros tiempos. Su maravillosa vida, tan intensamente eucarística, su heroico sacrificio por la regeneración de las jóvenes, culminaron en la fundación del admirable Instituto de las Adoratrices que extiende ya sus ramas por todo el mundo.

El Padre Risco imprime al precioso relato el interés de una novela.

La Vida forma un tomo de 252 páginas.

La preciosa cubierta, de papel estucado, lleva en fotograbado el magnífico retrato de M. Sacramento, por Madrazo.

Precio: 1'50 pesetas.

Apostolado de la Prensa, S. A.,
Velázquez, 28, Madrid,

Oración

Almas desgraciadas
que pasáis la vida
tristes y despreciadas
sin cerrar la herida
que un dolor cruento
os llegara a hacer,

Olvidadlo todo
y secad el llanto,
que es el mejor modo
de un día ser Santo,
sintiendo el encanto
del cielo obtener.

Almas generosas,
si en vuestro camino
sentís el divino
deseo de gloriosas
acciones que os llenen
de dicha y de bien,
seguid el sendero
que Dios os señale,
para que a los ángeles
un día os iguale
y estéis a su lado
para siempre; Amén.

TOMÁS RIVERA.

Vida y "milagros" de Fray Martín Lutero

por Monseñor SANTIAGO GARRO-
TE AMIGO, Maestrescuela de la
S. I. C. de la Habana y Protonota-
rio Apostólico A. I. P.—1 vol. de
288 páginas (19 × 14) con 28 gra-
bados y retrato del autor. 6 pesetas,
rústica.

En estos tiempos de dominio absoluto en el campo editorial de las obras de carácter biográfico, aparece una obra que ha de llamar profundamente la atención por los méritos que posee; se trata de una historia de la «Vida y milagros» de Fray Martín Lutero.

No es una biografía más del famoso reformador concretada al relato de su vivir y a los rasgos principales de su obra; es el libro que nos ofrece el señor Garrote Amigo, una biografía del «monstruo» que se adentra en su alma y escudriña y desentraña en ella todos sus valores y todas sus perversiones para estudiar así, en pleno conocimiento de causa, la obra de perturbación que trajo al mundo al separar de Roma gran parte de su Iglesia, obra tan íntimamente ligada a su personalidad, que sin conocer muy bien el carácter del reformador no puede comprenderse y analizarse con éxito su acción de rebeldía contra el poder de los Papas.

En este camino, no detienen al autor consideraciones ni temores de caer en ciertas crudezas que se hacen necesarias para comprender plenamente el estado de la Iglesia en aquella época, y muy especialmente el de la sociedad alemana, de la que era personaje muy representativo Martín Lutero.

Y seguimos en este libro, paso a paso, el vivir del frailecillo desde su niñez hasta su muerte, ahito de lujuria y de soberbia y de gula, le seguimos a través de sus primeras dudas y vacilaciones, de sus desplantes de orgullo y de sus luchas con el diablo, de su trabajo incesante y abrumador, de sus amores, de su exaltación, de sus arrebatos de furor, de su poderío absoluto, de su aislamiento, de su muerte y de su glorificación en las exequias y en el recuerdo que le tributó el pueblo protestante.

Su labor reformadora está estudiada con espíritu crítico realmente extraordinario, crítica de historia y crítica de apologista de las excelsitudes de la doctrina santa del Crucificado.

Libro escrito en un estilo muchas veces punzante, que apasiona en la lectura y presta un interés a la obra, que hace sea leída con la emoción que

producen los relatos de cosas vivas y palpitantes.

Acaso este libro sea discutido precisamente por este carácter profundamente humano que posee, pero como en él brilla la más pura ortodoxia, de la que es garantía la firma ilustre de su autor, tendrá que convenirse que encierra una elocuente lección en nuestra época al narrarnos un hecho tan trascendental para la historia de la Iglesia y del mundo como la Reforma, y que no puede perder actualidad e interés ni por el paso de las centurias.

Editorial Políglota. Apartado, 527. Petritxol, 8, Barcelona.

¡Todos al cielo!

Llegó ese día a la puerta del paraíso un sacerdote, el cual había pasado toda su vida con una familia particular. Tenía traza de estar asombrado.

La muerte le sorprendió súbitamente, de una congestión, en pleno vigor, a los cuarenta y cuatro años... Parecía que no estaba tranquilo... Y no obstante, era un justo y un sabio.

San Pedro lo examina detenida y fríamente, comparando los diez talentos y el resultado de ellos.

—Yo era muy entendido en gramática... y ¡son tan preciosas las gramáticas! Yo he hecho un estudio particular sobre las variaciones del acento en el dialecto jónico... y preparaba una tesis sobre un Cardenal de la revolución... Y me ocupaba además de mi discípulo...

San Pedro elevó los ojos hacia los cielos más encumbrados... Hubo un segundo de angustia.

—¡Entra, a pesar de todo!

El preceptor aceleróse.

—No tan lejos...! ¡Allí!

* *

Apenas acababa de entrar, cuando llegó otro sacerdote. Este había muer-

to lentamente, a pesar de todos los cuidados, a pesar de los médicos, a pesar de todo.

—¿Qué títulos tienes—preguntó San Pedro—para aspirar a la gloria del paraíso?

—He cumplido mi deber.

San Pedro saludó.

—Yo era exacto en decir la Santa Misa y mi breviario... exacto en la residencia... exacto en las horas indicadas para recibir a mis feligreses... Impendar... Me ocupaba...

—¿Et superimpendar? ¿Y te prodigabas?...

—Impendar solamente... Pero las cosas de las cuales estaba verdaderamente encargado las he hecho... y las he hecho bien, muy bien.

—Ya que has sido fiel en eso, serás encargado de otras más importantes... Entra... Ponte ahí... cerca del compañero que acaba de llegar...

Un tercer sacerdote desprendióse de un velo de nubes de color de malva. Era fino y muy distinguido.

San Pedro fijó en él sus ojos, que brillaron bajo sus encrespadas cejas.

San Pedro, seguramente me esperan en el paraíso... ¡Oh! ¡ciertamente no por mis pobres méritos!... sino porque muchas hermosas almas—lo sé—rezan en este momento por mí y hacen una dulce presión, pero muy poderosa, sobre el corazón de Dios.

—¿De qué te ocupabas en el tiempo?...

—De las señoras.

—¡Ah! ¿De las señoras?... ¡Debías de haber empezado ya en el paraíso terrenal!

—¡Es verdad!... Mas he tratado de recobrar el tiempo. Cuántos retiros espirituales he predicado, escrito... A cuántas señoras de acción estimulé y que llegaron a ser preciosas auxiliares de las parroquias y de quienes las parroquias necesitan. ¿Qué sería de la religión sin la amirable fidelidad de la

mujer? ¿El mismo Cristo, no tuvo las santas mujeres...?

—¡Sí... sí!, lo sé... ¡estaba yo allí!

—Entonces, ¿puedo tener la confianza de entrar en el paraíso azul?

—¡Sin duda!

—¿Crees que debía abandonar esos seres de delicadeza y de bondad?... ¡Las mujeres, también tienen un alma!...

—¡Oh!, no lo niego, y muchas veces un alma muy hermosa... Así, la Virgen Madre.

—La invoqué todos los días de mi vida.

Entonces San Pedro abrió la barrera. El sacerdote entró muy emocionado.

Este era muy diferente... grande, robusto...

—¿Qué hacías tú sobre la tierra?

—¡Predicaba!... ¡y predicaba!... ¡y predicaba!

—El Evangelio? ¿O sutilezas que para alcanzarlas sería preciso gemelos marinos?

—El Evangelio, San Pedro, nada más que el Evangelio...

—Entonces somos hermanos... también yo prediqué... Es la gran consigna de Dios... ¡Ruda labor!... pero magnífica cuando se tiene la inteligencia y el corazón llenos del Maestro... Me parece que otro de tus colegas llega allá abajo...

En efecto, subía un sacerdote joven muy pálido, muy delgado, como los que mueren del pecho.

—Buen San Pedro, yo me consagré al catecismo. Lo hacía todos los días; lo preparaba; lo cultivaba... Nunca hablé a los niños sin prepararme y sin oración. Les gustaba a los niños su catecismo; tenían premios; sus comuniones eran piadosas y fecundas... Me he consumido en él.

—¡Perfectamente!... Voy a ponerlos juntos... Yo mismo os colocaré...

Después llegó un sacerdote con los cabellos blancos y lento andar, grande presencia de buenazo y viejo padre de almas.

—¡Cuánto te cuesta andar!—observó San Pedro.

—Es porque no tenía costumbre de andar en el mundo... estoy casi baldado.

—Este no es como yo, cuando en el lago de Galilea sacaba mis redes cargadas de pescados...

—Pero, buen San Pedro, también yo levantaba las mías, cargadas de peces...

—¿Gordos?

—¡Frecuentemente!... El confesionario me atrajo toda mi vida; estaba seguro de hacer mucho bien, y me dí a él. Pasé días enteros vivificando las almas.

—¿Eras severo?

—No demasiado... He perdonado setenta y dos veces siete veces, y jamás apagué la mecha que humeaba.

—¿Y no temes que Dios te reproche de haber sido excesivamente indulgente?...

—Le contestaré con humildad: «Señor... ¿y Vos...?»

—Es verdad—suspiró San Pedro...

—¡Por mí experiencia lo sé!

Y pasando bruscamente una mano sobre sus ojos, abrió la puerta del paraíso.

Finalmente apareció un sacerdote delgado, amarillo, cansado... Tenía una barba de cuatro días... sin alzacuello, y aun en el mismo umbral de la puerta del paraíso parecía preocupado de alguna cosa que no era el paraíso.

—¿Qué hacías tú allá abajo sobre la tierra?

—Me ocupaba de los hombres.

—¿Qué dices?... Repítelo...

—Me ocupaba de los hombres y de los muchachos.

—Dame tus papeles, enseguida.

Y un ángel presenta al apóstol un libro en donde todo está escrito.

A medida que San Pedro lee, su mano acaricia su larga barba, brillan sus ojos y se fijan con amor en el alma que espera su suerte, desinteresándose casi de ella.

—De suerte que tú, siendo un coadjutor muy joven, pides ocuparte de los muchachos y de los hombres... De noche respiras en bulliciosas salas el polvo del patronato, preparas sesiones... organizas círculos de estudio... te inquietas a diario por lo que se dice en los talleres, en las fábricas... contestas a ello en conferencias, a las cuales convidas a amigos sacerdotes que se te parecen y que yo espero aquí... propagas infatigablemente el buen periodico... Lo cual causará ciertamente gran placer a mi antiguo colega Pablo... Confiesas a los hombres en primer lugar... ¡los hombres sobre todo!... Piensas constantemente en sus miserias materiales y morales... Saben que pueden contar contigo... que eres de ellos... ¡su sacerdote!

Y San Pedro arrobábase...

—...¡Pero ven sobre mi corazón!... ¡Abraza al portero del paraíso!... Mientras que los ancianos obispos de antaño, que Cristo, primer obrero, te reciben los tabernáculos eternos...

Y abriendo las puertas del paraíso de par en par, San Pedro gritó con una voz en que rodaban todos sus recuerdos de apostolado:

—¡Séptimo cielo!

PIERRE L'ERMITE.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

Encíclica sobre el sacerdocio

No podía pasar por nuestra parte sin un breve comentario el magnífico documento pontificio que la inexhausta pluma del Supremo Pastor de la Iglesia Católica Pío XI nos ha regalado en los últimos días del inquieto y turbulento año recientemente fenecido. Nos referimos a la Encíclica sobre el sacerdocio que con la creación de los veinte nuevos Cardenales constituye, no solo el acontecimiento más destacado del catolicismo en 1935, sino un símbolo elocuentísimo de lo que el mundo necesita para redimirse de esa ola de inquietudes y temores que atormentan los corazones y ennegrecen las esperanzas de los hombres de buena voluntad en las primeras horas de este año de gracia en que acabamos de entrar.

El mundo está saturado de materialismo y sus afanes se debaten en medio de la Babel más espantosa. Confusionismo. La humanidad se ha creído bastante para solucionar los problemas que ella misma se creó y se ha perdido en el laberinto de su soberbia. Para esclarecimiento de la verdad, para discernir el camino seguro que le conduzca a ella, es preciso que torne sus ojos hacia los eternos valores de espiritualidad que representa y encarna la Iglesia católica. Y ¿quiénes son los encargados de conducir de la mano a la pobre humanidad doliente hacia ese puerto de salvación? Los que Dios ha enviado para ello, los sacerdotes, cuya misión excelsa tiene su entronque en el Apostolado continuado y perenne en la persona del Papa. Son los médicos de esta sociedad un poco caduca y tambaleante ante la aterradora interrogación que atañe a los pueblos y a los hombres. Misión augusta, muchas veces olvidada por los mismos católicos. Era necesario que fuera recordada por

el Romano Pontífice y de ningún modo más elocuente que enalteciendo la dignidad sacerdotal y sus funciones augustas de intermediario entre Dios y los hombres y dispensador de las gracias acumuladas por Cristo.

Ahora bién; si sublime y soberana es la dignidad y función sacerdotal, deben poseer los que están investidos de ellas todas las virtudes cristianas en el más subido grado que los demás mortales. Y a señalar las virtudes de que deben estar adornados, dedica Su Santidad una gran parte del precioso documento a que nos referimos.

Deben ser los guiones de la sociedad y como espejos en los que los fieles vean y admiren el camino a seguir. De ahí que se les exija castidad, sacrificio, piedad, obediencia, caridad, despego de los bienes terrenales y una sólida cultura, tanto en las ciencias sagradas como en las profanas.

Es necesario que el contacto entre el sacerdote y el pueblo sea cada día mayor, así como mayor debe ser el esmero que se ponga en la preparación de aquél en los seminarios. El ascua de la caridad y la llama de la fe, de las cuales tan necesitada está el mundo, será mantenida con mayor facilidad cuando el acercamiento sea mayor y los sacerdotes mejores. Tal es la finalidad que el Papa pretende en su reciente Encíclica, llena de bellas enseñanzas sobre este punto.

La humanidad, repetimos para terminar, está sedienta de espiritualidad. Todos esos fantasmas que en el horizonte sombrío del porvenir vemos levantarse amenazadores, se desvanecerían suavemente en cuanto la sociedad y, por lo tanto, sus miembros se saturasen de las divinas enseñanzas del catolicismo y la vida de cada uno fuese más cristiana. Y los pastores de esta grey desmandada son los sacerdotes, a quienes se debe aproximar con la confianza y conocimiento de su misión salvadora.

Un favor recibido

—=—

La devoción a la Santísima Virgen siempre tiene su recompensa aun aquí en el suelo.

Un ejemplo de ello es lo ocurrido a don Francisco Álvarez de Sotomayor, que hallándose gravísimo con una bronconeumonía se encomendó a la Santísima Virgen de Araceli, patrona de Lucena, su pueblo natal, y ofreció hacer público el favor si se le concedía este.

Hoy el señor Álvarez de Sotomayor, completamente bueno, da gracias desde estas columnas a nuestra Madre bendita la Santísima Virgen de Araceli.

Bodas de plata de la revista «Sal Terrae»

—=—

Con el año 1936 comienza la benemérita revista «Sal Terrae», tan conocida de ambos cleros, seculares y regular, sus 25 años de existencia. Su primer número vió la luz pública en enero de 1912, y tuvo su cuna en Bilbao, en la misma casa de «El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús».

Verdadera hija de deseos, la nueva revista llegó entonces a satisfacer las demandas apremiantes de numerosos sacerdotes, que hacía tiempo la pedían, y de cuyos deseos se hizo intérprete y ejecutor el acreditado publicista R. P. Remigio Vilariño S. J. verdadero fundador por lo tanto y Director durante los seis primeros años de la nueva publicación eclesiástica. Había nacido como «El Mensajero» al calor del Corazón divino, con los mismos ideales de apostolado y propaganda, y por lo mismo se vió que el Corazón de Jesús la bendecía plenamente. Su nombre evangélica-

mente significativo, «Sal Terrae», es decir, «Sal de la Tierra», decía bien a las claras que venía a ser la revista del sacerdote y del apóstol.

¿Logró satisfacer la necesidad, que urgentemente la pedían y llenar cumplidamente los deseos del público especial, que desde varios sitios la reclamaban? Respuesta bien significativa a su favor puede ser la entusiástica acogida del clero tanto español como hismoamericano. Sobre la redacción de «Sal Terrae» llovieron las enhorabuenas, las expresiones de agradecimiento, los testimonios de aprobación y de alabanza con el expresivo acompañamiento del boletín de suscripción. Las altas y peticiones fueron tantas y tan rápidas, que pronto se pudo contar con un número de suscriptores lisonjero para cualquier revista de este carácter aun después de varios años de vida literaria. El número de febrero pedía ya presentarse al público avalado por autorizados testimonios, de entre los cuales queremos recoger por lo significativo el de nuestro popular publicista Sardá y Salvany tan experto en esta clase de apostolado. «Sal Terrae»—escribía—es una revista eclesiástica que no debe faltar en la mesa de labor de todo sacerdote ilustrado, sobre todo si desempeña ministerio parroquial... Una suscripción a la misma es la mejor limosna, que puede hacerse a un seminarista y sacerdote pobres».

La finalidad bien definida, el programa eminentemente práctico, el método sencillo y ordenado, esas fueron las características de la nueva publicación desde sus primeras manifestaciones.

En su estilo tan personal y pintoresco había escrito el P. Vilariño en el artículo de presentación: «¿Habéis visto en las bibliotecas los conserjes encargados de servir los libros a los lectores? He ahí nuestro oficio. Nosotros nos convertiremos para nuestros

hermanos en conserjes, por decirlo así de nuestras bibliotecas». No es que la redacción de «Sal Terrae» fuera a ser una obra de copia servil o de tijera. Sin pretensiones de investigación, la confección de la revista es y ha sido siempre original. Pero la cultura que supone una rica biblioteca continuamente acrecentada y un anaquele de prensa periódica bien abastecido era servida mensualmente en «Sal Terrae» al público sacerdotal por redactores consagrados a la lectura y el estudio, avezados a la ciencias eclesiásticas y aun a la enseñanza de la cátedra, entrenados algunos de ellos en el trajín del ministerio apostólico y adiestrados en el manejo de la pluma.

Conserjes de esta categoría son los que han venido y vienen suministrando a los lectores de «Sal Terrae» un precioso bagaje cultural en las diversas secciones: en la de Predicación, que figuró desde los comienzos acertadas orientaciones y nutridísimos apuntes aprovechables en el desempeño de la función más ordinaria y para muchos tan costosa del ministerio parroquial; en la sección de Pastoral variados y numerosos precedimientos y recursos de gran eficacia y oportunidad en la difícil cura de almas y dirección de una feligresía; en la de Cultura Eclesiástica una serie no interrumpida de conocimientos necesarios o convenientes tanto para la propia información como para autorizar en el medio ambiente de nuestros días la personalidad del sacerdote.

La nota más apreciada de «Sal Terrae» ha sido siempre la de la utilidad práctica de los lectores, a que se dirige: a ellos se pudo llegar después de varios tanteos y de repetidas encuestas, en que la Redacción se ponía al habla con sus suscritores, hasta hacer cuajar la revista en las diversas secciones, que hasta el presente ha conservado.

Ampliada más y más cada día la obra apostólica de «El Mensajero» gracias a la iniciativa de su Director, el P. Vilariño, y en aumento también la de nuestra revista, se palpó la necesidad de separar las dos redacciones, división que vino a facilitar el hecho de haberse dividido la provincia jesuítica del norte de España en las de Castilla y León. En el año 1918 «Sal Terrae» trasladó su domicilio desde la casa de «El Mensajero» en Bilbao a la Universidad Pontificia de Comillas, sede tan propia y natural para una revista de carácter eclesiástico. En aquel acreditado centro de formación sacerdotal ha seguido viviendo y prosperando la revista bajo la dirección del P. Marcelino González hasta el año 1920, bajo la del P. Leandro Brunet desde el 1924, y desde esta fecha bajo la dirección del tan conocido y acreditado P. Eduardo Fernández Regatillo.

La gran obra apostólica y cultural realizada en estos años por «Sal Terrae» a favor de nuestro clero sólo se podrá apreciar debidamente hojeando el índice completo de la revista publicado por su último Director en el año 1930. No debemos dejar pasar sin especial mención la labor de cultura pastoral realizada en sus artículos por el P. Marcelino González y sobre todo la llevada a cabo por el P. Regatillo en su sección de Consultas, capaz ella por sí sola de levantar, y sostener el prestigio de una revista de este género. De esta enorme labor pueden ser buen testimonio, además de otros opúsculos publicados separadamente, los dos gruesos volúmenes de «Cuestiones Canónicas», en que el autor ha recogido parte del material atesorado mensualmente en la revista. Y téngase además en cuenta que ni con la revista ni con los dos volúmenes citados se encuentra toda la obra del laborioso P. Regatillo, pues a sus impresos hay que añadir las respuestas episto-

lares dadas por él desde la Redacción de «Sal Terrae» a centenares y millares de consultas morales, canónicas o litúrgicas, que desde España y América están lloviendo cada día sobre su mesa de trabajo.

En el balance o exámen práctico, a que estaba invitando la fecha de los 25 años de vida de la benemérita revista, sus propulsores y colaboradores han llegado a las dos conclusiones siguientes: 1.^a, que, para extender e intensificar la labor de la sección de «Consultas» tan apreciada y requerida por el clero era necesario exonerar al P. Regatillo de la carga de la Dirección; 2.^o, que, dadas las nuevas formas del apostolado moderno, cuya urgente necesidad ha sido puesta tan de manifiesto por las actuales circunstancias religiosas y morales, por que atraviesa nuestra patria, había que re-
mozar algunas de las secciones de «Sal Terrae», y añadir algunas nuevas, en que se facilitase a los lectores obligados a la lucha por deber de su profesión las nuevas armas eficaces contra la impiedad o contra la indiferencia y apatía. Al primer propósito obedece el paso de la Dirección al R. P. Severiano del Páramo ya conocido del público por sus estudios de Sagrada Escritura y en especial por su concienzuda edición de la Sagrada Biblia. Para conseguir el efecto de una mayor utilidad práctica y más provechoso actualismo se ha convenido en el reajuste de secciones, que puede echarse ya de ver en el primer número de 1936.

La sección de Predicación estaba reclamando un apartado especial de Apologética, indispensable en nuestros días aun para los círculos de estudio de nuestras Juventudes Católicas. La Catequética debe figurar en el primer plano de una publicación orientadora de la actividad sacerdotal; en «Sal Terrae» tendrá, desde ahora, el puesto que le corresponde. A la

Antigua sección de Pastoral se añade la De Ascética Sacerdotal, tan a propósito para formar personalmente al verdadero soldado de Cristo; es como la instrucción o el ejercicio militar para el soldado. Enteramente nueva también la sección de Acción Católica y Social: era de todo punto necesaria y por muchos lectores requerida. Atenderá, sí, a la teoría, pero sobre todo a la práctica; aspira a proporcionar regularmente en sus páginas las orientaciones y procedimientos circunstanciales, que muchas veces no pueden facilitar en manuales ni aun en obras más importantes de consulta, la solución de ciertas dificultades prácticas, que no se que se suelen soslayar en asambleas y en cursillos. Al mismo efecto de renovación de la revista ha de contribuir el refuerzo del cuadro de redactores con firmas acreditadas ya en el campo literario, que no vamos a presentar, porque nuestros lectores las irán viendo regularmente en las páginas de la revista.

El público de «Sal Terrae» seguirá siendo preferentemente el eclesiástico; pero aun los seglares consagrados por espíritu de apostolado a la lucha por el catolicismo y por la vida cristiana pueden encontrar en estas páginas las armas, que se necesitan, para triunfar en estas lides; sobre sus mesas de despacho, en la sala de lectura de los círculos que dirigen o frecuentan, en el estante de sus secretariados no estará de más esta revista. De todos modos a ellos les repetiremos de una manera especial las palabras arriba copiadas de nuestro popular Sardá y Salvany: «una suscripción a «Sal Terrae» es la mejor limosna que puede hacerse a un seminarista o sacerdote pobres».

Que el Señor quiera bendecir, con bendición de prosperidad y de eficacia, esta segunda etapa de «Sal Terrae», y que en sus bodas de oro pueda saludarla con reconocimiento y

alegría una legión de apóstoles tanto eclesiásticos como seculares por ella dirigidos y orientados en sus penosas lides cotidianas.

Teatros y Cines

Teatros

En el Cómico se ha estrenado por la Compañía de Loreto Prado y Enrique Chicote una astrakanada, que sus autores los señores Sánchez Neyra y Sánchez Mora, titulan «Korolenko», nombre que han dado a la comedia por desarrollarse la acción en bar o colmado, así llamado.

El pensamiento que desarrollan los señores Sánchez, tiende a demostrar que lo importante de la vida es correr juergas, emborracharse y pegarles a los guardias. Como se vé la obra no es nada moralizadora y para colmo utilizan al clásico hombre serio que además es profesor de moral y de nombre Severo, por añadidura, ignorante de lo que es la vida y que en cuanto prueba el primer «cok-tail», manda a paseo la moral y se convierte en un hipócrita farsante.

Todo este mezclado de escenas expresivas y poco edificantes y bastas, de juerga y cabaret.

—Los mismos autores han estrenado en Eslava la farsa cómica «De Enero a Enero», en la que se distingue sobremanera Vareliano León, por su acierto en la caracterización del personaje central.

En esta obra se dan dos géneros distintos, la farsa cómica y la comedia sentimental. Los dos actos primeros se mantienen en un tono en que se dicen cosas hondas, humanas, pero en el tercero, el tono varía: aquel amor puro de un principio llegan a olvidarle los autores y como este amor es el eje del desenlace, termina su obra de manera muy distinta a lo que el público desearía.

Cines

En Capitol acaba de estrenarse la cinta «Ana Kerenina».

Vive el «film» en constante adulterio y mientras el marido ultrajado es pintado con los más siniestros tintes de frialdad, despotismo e incompreensión, la mujer aparece como la genuina estampa de la simpatía. Hay varios conceptos sobre el divorcio que, siendo la recta, y sana interpretación, se pone en labios del protervo personaje, para revestir de dureza e injusticia la verdadera doctrina.

El desenlace sigue la trayectoria materialista y reprochable de hacer que la protagonista busque remedio a su desconuelo, recurriendo al suicidio.

—«Noche trágica», película puesta en la pantalla del Fígaro, pertenece al género policiaco y como tal, llena su cometido, cual es el despistar para que la atención del espectador no se detenga en el verdadero culpable.

Durante el curso de la cinta se cometen tres asesinatos, y no puede sacarse quien sea el autor, lo que mantiene el interés del público en todos los instantes. Hay en la cinta emoción y misterio, por lo que agradó al público.

—En el Cine Avenida se ha presentado «El hombre que sabía demasiado», premio nacional de Cinematografía en Inglaterra.

Es una cinta policiaca, cuyo argumento se basa en un episodio, verídico o no, ocurrido, en los archivos de Scotland, el año 1911.

Lo más original de este film, lo que más cautiva al espectador, son los lances policiacos que no está acostumbrado a ver; procedimientos de serenidad, a la inglesa, de concentrado dinamismo, de astucia lógica para capturar a los criminales.

La moral es excelente; nada la hierre ni la mancha y en cuanto a la interpretación es el mejor triunfo de Peter Larre.

¡Los enemigos
de la mujer!

INAPETENCIA
ANEMIA
NEURASTENIA
MAREOS
INSOMNIOS

La frágil naturaleza de la mujer, acosada por estas enfermedades, se resiente y debilita, apresura su envejecimiento y pone en peligro su vida

Estas enfermedades
se combaten rápidamente
con el Jarabe de



HIPOFOSFITOS SALUD

Con este tónico reconstituyente, el organismo adquiere un vigor insospechado. Sus componentes dotan de hierro a la sangre, fortifican los huesos con el cal-

cio y transmiten al cerebro y a los nervios el fósforo necesario. Es un maravilloso estimulante del apetito, que nutre y se asimila fácilmente.

LAXANTE SALUD

Adóptelo contra el estreñimiento y la bilis. Es suave, rápido y seguro. Grageas en cajitas precintadas. Pídase en farmacias.

Aprobado por la Academia de Medicina. Puede tomarse en todo tiempo. Es inalterable. No se vende a granel.

La casa **AGUSTIN SERRANO** acaba de presentar al mercado su última creación

MANÁ

MOSTO absolutamente PURO, que por su calidad y cualidades es lo más indicado para nutrición de refuerzo :-: Es muy agradable Alimenta más que la leche y se digiere por ancianos y niños con facilidad y beneficio para el organismo :-: Insustituible para personas débiles, enfermos y operados :-: Especialidad en vinos para la Santa Misa.

Agustín Serrano -- Cosechero -- Manzana re



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cor

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

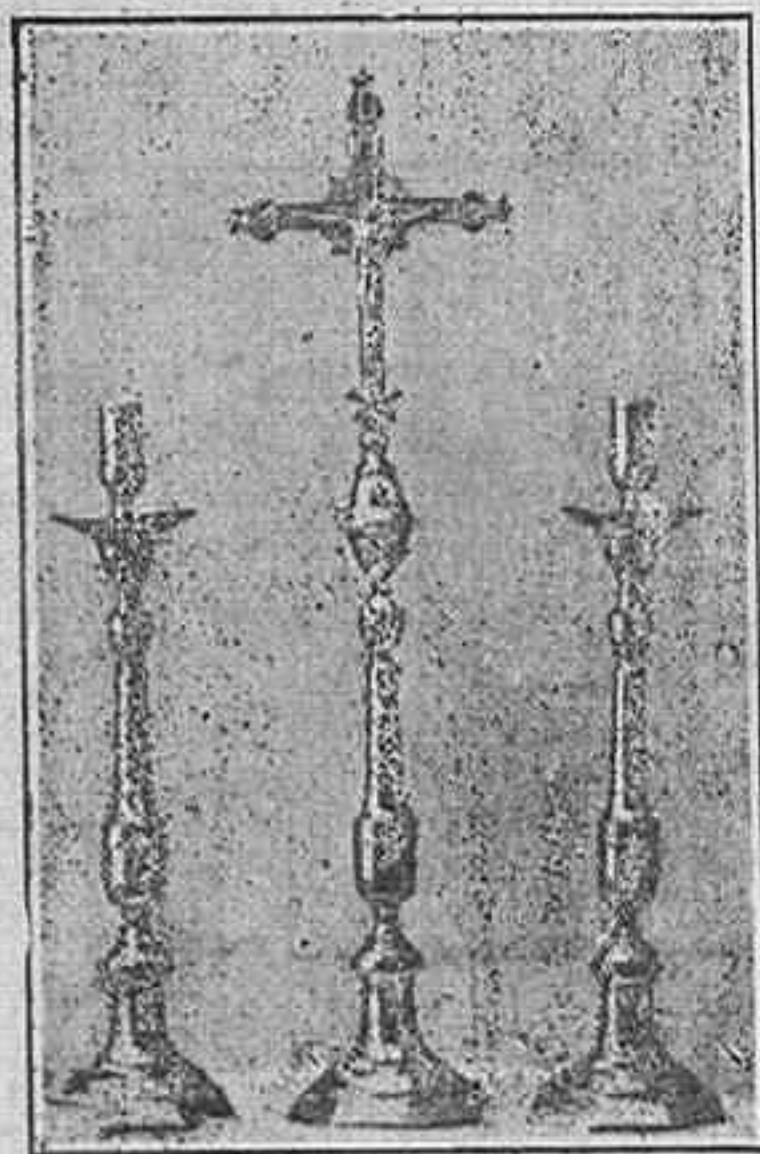
Hijo de Quintín Ruiz de Gauna

VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

FUNDICIÓN DE BRONCE

y objetos de metal



Pedro Osuna Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases